



Don Wilibrordo

Don Wilibrordo Pérez y Pérez, nuestro buen amigo, es un optimista incorregible. Es decir, nosotros no sabemos a ciencia cierta qué sea eso de optimismo y qué pesimismo y en qué se diferencia, ni el mismo don Wilibrordo lo sabe tampoco; pero cómo él afirma que es optimista hay que creérselo. Porque nuestro amigo don Wilibrordo es todo un caballero.

Nuestro amigo estuvo muy entusiasmado con lo de los «boy-scouts»... Perdonen los lectores, ¡no!, exploradores. Aquí, como en Italia, debería perseguirse el que se haga uso de neologismos con olor a extranjería, galicismos, anglicanismos, etcétera. Debemos todos acostumbrarnos a escribir un castellano castizo, de casta. Y para ello ahí está don Julio Cojador, ex jesuita, que nos informará de cuáles son en castellano las palabras más castizas y más enérgicas.

Decíamos, pues, que nuestro amigo estuvo muy entusiasmado con lo de los exploradores, aunque éstos no explorasen nada. Pero, ¡aquel traje!, ¡aquellos hip, hip, hip, hurrat!, ¡aquellos desfiles! «Esto es hacer patria» — nos decía por entonces don Wilibrordo. Y aunque pasaba de los cuarenta se hizo hacer su traje de explorador y se andaba con él, tan orondo, entre los chiquillos. Y hasta les enseñaba a hacer nudos en unas cuerdas. Lo que no les enseñaba es a soltarlos.

¡Qué desencanto el de nuestro maduro y adulto explorador cuando se fué derriendiendo la exploración! «Este país es de corcho — nos decía; — en este país no arraiga iniciativa alguna salvadora... No tenemos relación...» Pero le duró poco el pesimismo. Es decir, si esto es pesimismo, que no lo sabemos.

Ahora... Ahora don Willibrordo no piensa ya en restaurar la institución pedagógica y disciplinaria de la exploraduría; les deja a los muchachos que jueguen al foot-ball... ¡Vaya, volvimos a colarla! ¡Al pelotón! Les deja que jueguen al pelotón, que desarrollen las piernas así y que se vengán a insultos y luego a las manos los de Villanueva contra los de Villavieja. Que es, aunque parezca paradójico, otro modo de hacer patria. Ahora nuestro hombre proyecta organizar en su ciudad

natal un batallón de bomberos voluntarios.

«Esto de los bomberos voluntarios — nos decía hace poco — tiene mucha más importancia de lo que se figuran ustedes, los detractores sistemáticos de la liturgia. ¡No es que pretendamos ir a apagar incendios, no! Esa es una función técnica que debe estar encomendada a jóvenes carpinteros, albañiles, fontaneros, etc.; pero nosotros les animaremos con nuestra presencia, daremos los toques de ordenanza bomberil, y si es menester nos pasaremos el balde de agua de unos en otros. ¡Ya verán ustedes, ya lo verán! ¡Y ríanse luego! Y sobre todo desfilarémos en formación correcta los días de festejo, dando así ejemplo de ciudadanía. Porque hay...» «¡Sí — le interrumpimos — hay que hacer patria!»

Don Wilibrordo está confiado en que la institución de los bomberos voluntarios, que tanto auge alcanza en otros países — en Chile, por ejemplo, — contribuirá a animar las ciudades, a esparcir el buen humor, a fomentar la convivencia y a disipar ese caliginoso ambiente de pesimismo que producen las críticas negativas (Esto es suyo, por supuesto, porque nosotros no lo entendemos bien. Como estamos obcecados por el estudio no distinguimos ya lo negativo de lo positivo, ni sabemos de esas cómodas categorías.)

Lo primero que ha estudiado nuestro amigo es cuál será el traje de bombero voluntario y si se podrá adaptar a esta función el que ya se había hecho de explorador. El no se percató de que en el fondo lo que quiere es resucitar la exploraduría.

Cuando ocurrieron los últimos terremotos del Japón fuimos a ver a don Wilibrordo y le insinuamos la conveniencia de organizar una asociación ciudadana para el caso de que aquí ocurran también terremotos. Nuestro amigo quedó en pensarlo. Y eso que se escamó de que el consejo fuera nuestro.

«Pero amigo don Miguel — suele decirnos, — ¿por qué no se une usted a nosotros para afirmar, para construir, para edificar, para...» «¡Sí — le interrumpimos, — para hacer patria!» «Exacto, exacto; usted que lleva el nombre mismo de Cervantes...»

¿Pero en qué quedamos? ¿No habían ustedes dicho que el «Quijote» fué una obra de negación, una trágica burla que mató el heroísmo?

Miguel de UNAMUNO.

